

licito hablar de los cielos y de sus santos misterios?

« No, ningún mortal debe conocerlos : tal es la voluntad de aquel que da el premio en recompensa de las pruebas que envía ; de aquel que dividió los orbes, y que sin embargo los reúne á todos en la celestial armonía de lo infinito, como también reúne todos los gozes de la eternidad en la bienaventuranza de sus elegidos. Sí, comparando la creación perceptible para los sentidos de las mortales con la felicidad de los espíritus puros, esa creación inmensa y sublime no es más que vana y pasajera sombra... Sabed sobre todo, que una de las más altas glorias del Redentor se funda en la humildad. Detiéndose y retrocede el humano pensamiento ante ese misterio... Prudente es vuestro temor : no procureis nunca penetrar lo que aun para la intuición de los inmortales es incomprendible. Disfrutad en paz del favor que en este momento se os concede ; Benoni y yo no somos los únicos que aquí estamos : acompañanos el alma bellísima de la hermana de Lázaro y participa de nuestro contento.

« María ha muerto, esclamaron á un tiempo los tres, y sin embargo María nos ve y nos oye ; sabrá pues también que su felicidad aumenta la nuestra. »

« ¡ Cuan inmensa es tu bondad, padre celestial,

dijo Joel ; permites á Simeon que se aparezca á su hermano, y á mí me envías á mi Benoni ! »

Y añadió Samma en voz solemne :

« ¿ Como había yo de esperar nunca, ó Dios del universo, que una luz celestial viniese á iluminar los últimos instantes de mi vida en la tierra hasta aquí tan triste y sombría !... Primero extraviado por la negra melancolía, tinieblas, abismos y laberintos me rodeaban, y en el porvenir solo veía terrores y padecimientos. Entonces hizo el genio del mal dueño absoluto de mi espíritu y arrojé á mi propio hijo contra la roca que tiñó con su sangre !... ¡ Ay de mí ! Pensaba no haber recobrado el uso de la razón, mas que para pasar llorando el resto de mis días, y enviarme el cielo el más dulce de los consuelos : me devuelve á mi Benoni... Hijo amado, vas á regresar á los cielos ; pero tu imagen estará siempre presente á mis ojos, siempre grabada en mi pensamiento, y cuando nos reunamos más allá de la tumba, creeré que nunca nos hemos... Ahora, ó amado hijo mío, dame tu bendición.

« ¡ Yo bendecirte ! respondió Benoni ; ¿ yo, tu hijo, yo el último de tus hijos ?

« La muerte te ha hecho superior á mí ; en los cielos soy tu hijo, porque en una hora de la vida eterna se adquieren más sabiduría, prudencia y virtudes

que en siglos enteros de este agitado sueño que llamamos vida y se termina en la tumba.»

Levantó Benoni sus manos cruzadas al cielo, aumentóse el resplandor que le rodeaba, y con voz agitada por la ternura y el amor celestial, pronunció estas santas palabras :

« O amado padre, que cuanto antes llegue para tí el término de ese sueño, y séate tan dulce y tranquilo como para Simeon lo ha sido.

« También yo, amado Benoni (suspiró Joel), te pediría tu bendición si no temiera que vas á condenarme á permanecer demasiado tiempo en la tierra.

« Temes, entonces, que tu recompensa sea también demasiado grande, respondió Benoni ; porque cuanto mas profundamente se arraiga el árbol del bien aquí abajo, tanto mas se levanta su copa en los cielos, donde esparce su bienhechora sombra... ¿Quieres que te bendiga ? »

Postrándose Joel, impuso el inmortal mancebo sus manos sobre la abrasada frente de su hermano y dijo :

« Recibe, pues, con la bendición del altísimo, la vida eterna que para tí deseo ; y plegue al Dios que despertó á Jesús conducirte hasta sus plan-tas. »

En esto el niño Boa que se habia ocultado bajo

el manto de Elkanan, descubriéndose la cabeza, miró en torno y dijo :

« Las visiones han desaparecido. »

Levantóse Joel del polvo, y fijando la vista en las nubes, exclamó :

« Si te hallas aun entre nosotros, puro y candido espíritu de María, vé á decirle á Benoni, vé á decir á Simeon, que á ellos les debe mi alma todas las bienaventuranzas celestiales. »

Así dijo y sollozando se arrojó en los brazos de su padre.

Sentada en la azotea de la morada de Juan, contempla la santísima virgen, el imponente espectáculo de la naturaleza al ponerse el sol. Lenta y sucesivamente van desvaneciéndose los fenómenos de la refracción de la luz del rey de los astros, y sobre el horizonte se levanta grave y silencioso el lucero vespertino rielando sus argentados rayos en la cristalina corriente de los arroyos. María, divisó entonces en medio de una nube, la figura de una muger, vaga é indecisa primero, mas luego, se desarrolla, se forma, se destaca del luminoso meteoro en cuyo seno parece haberse engendrado. Tal en un alma enérgica, nace un noble pensamiento para producir casi instantáneamente una grande acción.

Apenas se ha formado la vision, con los rayos del lucero de la noche, un cuerpo cuyo resplandor

es tolerable para los humanos ojos, cuando descien-
de á la azotea, donde la madre de Jesus la contempla
admirada, mas no sorprendida. La muger inmortal
mirando á la virgen con tierna sonrisa le dijo :

« No trato de ocultarte que ya no pertenezco á
la tierra, inutil seria contigo tal reserva : pronto
brillarás sobre mí al pié del trono del Eterno, ó
tú la mas santa de las mugeres, la mas sublime de
las madres!... ¡Tambien yo, María, tambien yo
soy madre! »

« ¿Serás tú la que dió á luz á la resignada vic-
tima que su propio padre iba á inmolar obede-
ciendo los preceptos del Eterno? preguntó María.
¿O bien te debe la vida Enoc, aquel que nunca co-
noció los horrores de la tumba? »

« Los dos son hijos míos, porque soy la primera
de las mugeres, la primera de las pecadoras, soy
Eva. »

« ¡O inesperada felicidad! te veo en fin á tí, ó
nuestra madre comun, á tí, ó madre de Abel. »

« ¡Y de Cain! añadió Eva suspirando hondamen-
te... Escuchame María; he venido á cantar contigo
la gloria del Hijo de Jehová; pulsa el arpa y une
sus melodiosos acentos á las graves armonías de
mi salterio.

« ¿Cómo he de atreverme á tanto, yo que no soy
mas que una pobre mortal?... pero á quien me
mandas que celebra contigo es al Salvador del mun-

do : pronta estoy á obedecerte : tu voz sirva de
norte á la mia. »

Sonrióse Eva, y cantó de esta manera :

« Dos veces me ha creado, dos veces me llamó á
vivir aquel á quien llevaste en tus entrañas. De tí,
madre bienaventurada, nació tu Creador y el mio,
nació el Creador de los cielos y de lo infinito. »

Y María responde :

« Madre del género humano, ¿oiste tú los santos
himnos que entonaron los ángeles cuando Jesus
nació en un humilde pesebre? »

« ¡Sí, María, sí, oí aquel cántico de triunfo! Cuan-
do sonaron sus ecos en la cima de la celeste Sion
estremeciéronse las mas altas ramas del arbol de
la vida, y se humillaron todos los inmortales para
adorar el recién nacido.

« Y sin embargo lloró en el pesebre de Belen
aquel cuyo nombre pronunciaron los ángeles. Los
cedros y las palmeras y las rocas del Tabor y el
polvo del Gólgota oyeron el sagrado nombre de mi
hijo inmortal, y todos á un tiempo repitieron : ¡Je-
sus! ¡Jesus!

« Y tambien el trono de donde habia descendi-
do oyó aquel nombre tres veces santo, y repitió en
la inmensidad de los cielos : ¡Jesus! ¡Jesus!

« ¿Madre del linage humano, ya que sabes su
muerte, dime si le has visto morir? »

« Oí los últimos latidos de su corazon.

« Madre de Abel, ¿has visto á la corona de espinas clavarse en las sienas de mi hijo?

« Ví su ensangrentada corona.

« ¿Oíste la moribunda voz del Redentor cuando clamó : *Consumado está?* ¿La oíste cuando dijo : *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu?* »

« Esas palabras de la vida eterna grabáronse en los cielos como se graban los salmos del santo rey, como se graban los himnos de los arcángeles cuando celebran la gloria de Jehová.

« Y sin embargo padecía yo entre tanto mas que tú has padecido nunca, ó madre de Abel.

« No, María, no, nunca he padecido tanto como tú, á pesar de haber visto tendido en tierra exánime y ensangrentado el semblante á mi Abel, al primero de los muertos, á la primera víctima del anatema que mi culpa atrajo sobre el género humano... ¡Oh! entonces nada veía en la tierra, nada veía en los cielos!

« Mano del Todopoderoso, tú eres la que me sostuviste cuando, en medio de las tinieblas que rodeaban el altar del sacrificio, exclamó mi hijo : *¿Dios mio, Dios mio, porqué me has abandonado?*

« Madre de Cristo, tambien yo escuche esas terribles palabras, y despues de ellas nada oí en la tierra, nada oí en los cielos.

« ¿Salud á tí, bienaventurada madre de la espe-

cie humana! Porque tú estabas al pie de la cruz cuando se consumó el misterio de la redencion.

« ¡Oh! sí, María, muy feliz soy. En los floridos bosques de Eden me formó el Creador de una costilla de Adán; en medio de las ruinas del destruido paraíso me creó el Salvador para la vida eterna! Sí, muy dichosa es la Madre de los pecadores redimidos y Madre tuya.

« Puesto que eres mi madre tambien es hijo tuyo aquel á quien yo dí á luz en el asilo de la desgracia y de la pobreza... Mortal soy aun y ya todas las bienaventuranzas celestiales me rodean... Bendíceme pues, Madre de Abel; la sangre de la redencion me ha rescatado¹, y ahora soy una de las herederas del cielo.

« No puedo bendecirte, ó María, porque desde su cruz el fundador de la nueva alianza llamó á su Madre Reina de los cielos.

« Madre divina de todas las criaturas de mi hijo, canta su resurreccion, muéstramelo tal cual era cuando bramó el trueno para anunciar la consumacion del mas terrible y santo de los misterios.

« Tu divino Hijo, ó María, resucitó á la vida eterna como salió la luz de las tinieblas cuando dijo

¹ Aquí es de advertir que Klopstock no cree en el misterio de la concepcion pura y sin mancha de pecado original de la Virgen, madre del Salvador. — T. E.

Jehová: *Hágase la luz; y la luz fué hecha...* y cuando salió de su tumba las arpas de oro y las celestiales, palmas se cayeron de las manos de los inmortales y estrepitoso clamor de triunfo resonó en los ámbitos de lo infinito. Los mártires solos osaron entonar humildemente piadosos himnos, y Adan, postrado á los pies de Cristo, exclamó: « ¡Por tí lo juro, la muerte no es ya mas que un dulce sueño! ¡ Y cuando suene la última hora de los tiempos tú despertarás á todos mis innumerables hijos por tu muerte redimidos!.. » Plegue al cielo, ó cara María, que un dulce sueño te arrebatte pronto en sus bienhechoras alas, y entonces saldré yo á tu encuentro en las floridas playas de la paz eterna.

« Y allí juntas contaremos la gloria de mi Hijo cuando desde su elevado trono enjague las lágrimas de los cristianos y disipe las aprensiones de los tímidos. Todo es amor aquel que cargó con los pecados del mundo; todo es amor aquel que arrastró el peso de la culpa de Adan hasta la cima del Gólgota; todo es amor aquel que abandonado por los hombres y abandonado por los cielos se inmoló á sí mismo como víctima espiatoria.

« ¡Sí, todo es amor aquel que se inmoló á sí mismo como víctima espiatoria cuando callaban los arcángeles y los seráfines, cuando el infierno alzó su voz acusadora, cuando el mas terrible de los Jueces encaminó á él sus ferreos pasos! »

Mas ya los dulces acentos de Eva se pierden en el espacio, y María, fijos los ojos en el prolongado rastro de luz que en pos de sí deja, la ve desaparecer lentamente entre las nubes que coronan al monte Tabor,

Dichosos con la idea de la felicidad que acaban de proporcionar á los amigos de su eleccion y mas aun con la del porvenir que para la eternidad les han preparado, sucesivamente fueron recogiendo-se los resucitados al sagrado monte de la trasfiguracion. De la misma manera, á medida que se desvanece la suave luz del crepúsculo á influjo de las sombras de la noche, una estrella primero, despues otra, y luego otra y otra salen de los profundos senos de lo infinito, y tachonando el firmamento le prestan ese resplandor tranquilo y magestuoso que revela la existencia de Dios á los entendimientos mas limitados y á los mas endurecidos corazones.

Cidlia, la hija de Jairo, se hallaba, al lucir los primeros rayos de la aurora del dia, bajo el florido emparrado que sirve de pórtico á su cabaña. Desde aquel momento en que Sémida salió bruscamente del lugar ya dispuesto para la última cena de Jesus en la tierra, no han vuelto á verse los dos resucitados amantes; y Cidlia esplica ahora su tierna melancolía de esta manera:

« O tú, amor inocente y puro que para mí te has

convertido en manantial de amargas lágrimas. ¿será que nunca pueda desterrarte de mi corazón? ¿Pertenece esta vida que milagrosamente he recobrado, al Eterno exclusivamente? ¿Qué quieres de mí, amor inocente y puro que te has convertido en manantial de amargas lágrimas? ¡Tu voz poderosa procura persuadirme de que una criatura de la tierra ni puede ni debe consagrarse al solo amor de Dios!... ¡Ah! ¿quién me guiará en este sombrío laberinto en mis dolorosos pensamientos? He resucitado pero aun soy mortal; padezco tanto, ¿qué digo? padezco mas que cualquiera de las otras jóvenes doncellas que aman con un amor menos puro que el mio. ¡Ah! ¿porqué no he vuelto á bajar á la tumba de donde nunca debí salir! »

Y como se levantara precipitadamente, aterrada por las palabras que el dolor acababa de arrancarla, vió venir á su madre acompañada de una mujer, para ella desconocida, que le dirigió estas palabras :

« Al fin te encuentro, hija de Jairo ; largo tiempo hace que te buscaba... ¿Habrás oido hablar sin duda de la resurreccion de aquel que á ti te despertó del sueño de la muerte? »

« Sí, responde Cidlia, pero no he visto á ninguno de los testigos de su triunfo... La hermana de Lázaro ha bajado á la tumba... ¿Tal vez la Madre del

divino resucitado desapareció tambien de la tierra?

« No : María vive, y su Hijo se la ha aparecido... en el momento en que espiró sobre la cruz algunos de sus elegidos salieron del sepulcro para ser testigos de su resurreccion... Ahora buscan entre los mortales á aquellos que sean amigos bastante fieles al Salvador del mundo para merecer la dicha de ver á los moradores del cielo. »

Y la hija de Jairo responde :

« Sinceramente amé y amaré siempre á Jesus... ¿Pero estás segura, inconcebible estrangera, de lo que acabas de decirme ?

« En tu mano está asegurarte de ello : los resucitados van á reunirse en el monte Tabor ; allá voy, ¿quieres acompañarme ?

« Cierto es que he resucitado, pero aun soy mortal... Los bienaventurados de que me hablas indudablemente serán espíritus puros... Mas no importa, te seguiré : guia mis pasos y sóstenme si me faltan las fuerzas para contemplar á los inmortales. »

Dijo, y en compañía de su madre y de la desconocida se encaminó al monte de la Trasfiguracion.

Mitigado el dolor que la muerte de Jesus causó al huérfano de Naim, por los numerosos testimo-

nios que veía de la resurrección del Salvador, volvió á recobrar todo su imperio en el alma de Sémida el amor sin esperanza que con Cidlia le une :

« ¡Ay! pensaba, ¿quien podrá decirme si me ama todavía aquella que mi corazón ha elegido para compañera de la eternidad? Los dos hemos resucitado, pero no somos inmortales; si lo fuéramos, habitaríamos los deliciosos valles de la paz, en donde nada separa á los corazones virtuosos que se aman como yo te amo, ¡ó Cidlia... como tú me amarías acaso, si supieras cuanto por tí padezco. ¡Incomprensible es mi destino!... Era joven, dichoso, alegre, hirióme la muerte; una voz divina me sacó de las misteriosas regiones que ya mi alma empezaba á ver, y que en ella han dejado sensaciones vagas y confusas, pero llenas de encanto. Al despertarme, me creí ya morador de los cielos. ¡Ay de mí! ¡que bien pronto comprendí mi estado de infeliz mortal! Yo tan alegre, tan imprevisor antes de mi prematura muerte, ahora me siento atormentado de crueles remordimientos, porque no acierto á conseguir que las sabias lecciones de aquel que me resucitó sean el único fin de mi vida, el único objeto de mis pensamientos. ¡O tú, divino Salvador del mundo! dignate, antes de subir al trono de tu padre, mostrarte una vez en mi presencia, y sepa yo en fin *la única cosa en*

verdad necesaria, que la hermana de Lázaro supo escoger. »

Un extranjero vino á interrumpir el curso de sus tristes pensamientos, diciéndole :

« Caro Sémida, vengo á pedirte auxilio : un infeliz, víctima de asesinos, yacé casi exánime al pie del monte Tabor. En la senda que adonde está conduce, se ha dejado caer un ciego estenuado por el cansancio y la sed; no lejos de este, un anciano, sentado sobre una piedra, clama porque un guía caritativo le dirija para acabar su camino. Nada puedo hacer por esos desgraciados, porque soy pobre, y como ves, la debilidad de mis miembros es tal que apenas puedo sostenerme.

« Toma, respondió Sémida, toma pan y vino; cuando hayas recobrado tus fuerzas, ven á buscarme. »

Y separándose inmediatamente del extranjero, que de lejos le seguía, llegó á donde estaba el anciano á quien dijo :

« Toma pan y vino; recobra tus fuerzas, y volveré á tí para guiarte hasta tu morada. »

Y continuando su camino, encontró al ciego, y le dijo :

« Toma pan y vino; recobra tus fuerzas, y volveré á tí para conducirte hasta tu cabaña. »

Doraba el sol, que en el horizonte rayaba entonces, la cúpula del templo de Salém, cuando el es-

trangero se unió al huérfano de Naim, y ligeros entrambos como la brisa de la mañana, prosiguieron su camino hácia el Tabor. Súbito divisó Sémida á la joven Cidlia, que, apoyada en su madre y en su desconocida compañera, caminaba por el sendero opuesto al que él seguía. Al verla, estremejóse de gozo, y el primer impulso de su corazón fué volar al encuentro de su amada; mas reprimiendo inmediatamente aquel natural deseo, siguió los pasos de su guía quien le condujo hasta encontrar con el herido de que le había hablado. De las profundas heridas de aquel infeliz corría la sangre en abundancia; Sémida, prodigándole afectuosamente sus cuidados, logró que recobrase el sentido; y cuando en brazos le levantaba para trasladarle á un lecho de musgo por el extranjero preparado, vió de nuevo y á corta distancia á su querida Cidlia, quien, reconociéndole, se detuvo dominada por el gozo y la sorpresa. Sémida se precipita á su encuentro, y entrambos se miran, temblando á impulso del temor y de la dicha; pero la desconocida advirtió á la doncella que aun les quedaba largo camino que andar, y que el sol de medio día no debía hallarlas sobre la cima del monte Tabor.

« ¡O mi Cidlia! clamó Sémida, ¿con que es preciso separarnos?... Habla, ¿será para siempre?... »

La hija de Jairo siguió á su compañera sin responder una palabra; mas dando rienda suelta á su llanto, á medida que de Sémida se separaba. Volvió el mancebo á donde estaba el herido y disponíase á llevarlo á su morada, cuando se le presentaron dos desconocidos que eran hermanos del infeliz, y dando espresivas gracias á Sémida por sus cuidados desaparecieron con la víctima.

El extranjero propuso al huérfano de Naim conducirle hasta la cima del Tabor.

« Te seguiré adonde quieras, respondió Sémida; pero dime en qué region habitas.

« Dichosa es la region que habito, caro Sémida; porque en ella me esperan nobles amigos.

« ¿Y te crees pobre? No lo eres por cierto, pues que nobles amigos embellecen tu vida. ¿Quieres nombrármelos?

« Su número te admiraría.

« ¿Amigos sinceros, y son muchos?... Esa es en efecto felicidad poco comun... Cada vez se aumenta mas el deseo que tengo de saber cuanto te concierne.

Miróle el extranjero con indefinible espresion, y dijo:

« Oye pues los nombres de mis amigos: David, Abrahan, Noé, Melquisedec, Josué, Job, Raquel, José, Débora. »

Escuchábale Sémida con mudo estupor, porque

á cada uno de los nombres que pronunciaba iba haciéndose mas radiante el rostro de Jonatás, que era quien en aspecto y trage de pobre extranjero le acompañaba. A medida que el inmortal desplegaba su resplandor, iban faltándole las fuerzas al huérfano de Naim; mas su celestial amigo le sostuvo, ayudándole á subir el áspero sendero del Monte.

En la opuesta senda detúvose de repente la desconocida, y dijo á la madre de Cidlia:

« Tú no puedes seguirnos mas adelante; los resucitados del Señor son los solos llamados á reunirse en la cima del monte Tabor. »

Dijo y rodeáronla celestes rayos. Al verla sintióse desmayar la madre de Cidlia, mas misteriosa desconocida reanimó sus fuerzas, y le mandó que le entregase su hija.

« O mi Cidlia, exclamó la afligida madre, tú que nunca me has dejado, no tardes en volver... y que Dios te dé fuerzas para soportar las celestiales apariciones.

« Vuelve á Salém, repuso Séila ¹, que ella era quien

¹ Las santas escrituras no nos dicen el nombre de la hija de Jefe: Filon, llamado el Platon de los Judíos, es quien habla frecuentemente de esa doncella en sus escritos, llamándola Séila. Klopstock, en su poema, la llama Megiddo, nombre que le ha parecido sin duda mas poético. — T. F. — La palabra Megiddo podrá ser mas poética en alemán que el nombre de Séila, pero pareciéndome que en caste-

por hermana habia escogido á la hija de Jairo: Cidlia te deja por largo tiempo.

« Madre amada, suspiró la doncella, el Señor sea contigo; mensajero del cielo, no me separes por largo tiempo de mi madre. »

Séila se alejó con Cidlia, y su madre abrumada por el dolor permaneció con los ojos fijos en aquel punto del camino en donde su hija acaba de desaparecer á sus ojos bajo el velo de un luminoso meteorito.

Así que llegó á la cima del monte, vió Cidlia bajo la sombra de un cedro al joven Sémida cuyos vacilantes pasos guiaba Jonatás. Tambien él reconoció á su amada: corrieron el uno al encuentro del otro, y varios resucitados, saliendo, radiantes de luz del seno de las nubes, los acogen con dulce sonrisa. El anciano, el ciego, el herido y sus dos hermanos aparecen primero bajo las formas en que Sémida los habia visto, mas inmediatamente despues con el resplandor de inmortales que son. ¿ Qué voz pudiera referir el éstasis de los dos amantes que unidas las manos, y respirando apenas contemplan tan pronto á los celestiales amigos que los rodean, tan pronto á la tierra que por fin han de-

llano sucede precisamente lo contrario, he sustituido la segunda, que por otra parte tiene en su favor la autoridad del escritor hebreo. — T. E.

jado para siempre? En su pensamiento se agolpan las preguntas, pero mudas permanecen sus bocas porque ya la auréola de la inmortalidad brilla sobre sus cabezas, y en sus oídos comienza á sonar el dulce acento de la bendición divina. Tiéndense los brazos, enlázanse el uno al otro, pierden el sentido. ¡Al sueño de un instante sucede la resurrección á la vida de los ángeles!... ¡Juntos vuelan los dos en el espacio: para siempre se han confundido en una sus dos almas!

Venturoso instante que has de reunir á los amantes cuyas cenizas reposan en la misma tumba: cuando la fantasía de los mortales imagina comprenderte no hace más que entrever algún pálido destello de la felicidad que disfrutaron Cidlia y Sémida, cuando estrechamente enlazados el uno con el otro se sintieron arrebatados á las celestiales regiones, donde ya no alcanza el poder de la muerte á separar dos almas, que santo amor unió en la tierra.



CANTO DÉCIMOSESTO.

ARGUMENTO. — Reúne el Mesías en el monte Tabor á los ángeles y á los resucitados, y se les aparece como juez y dueño soberano del universo. — Juzga y sentencia á los habitantes de la tierra muertos en aquellos últimos tiempos. — Ruégale el ángel custodio de una estrella que debe ser trasformada, que apresure al instante de aquel fenómeno. — Un joven morador de la estrella de los hombres inmortales, que ha cometido una falta, es uno de los pecadores á quienes juzga el Mesías. — Desciende Jesucristo á los infiernos. — Castigo de los ángeles rebeldes.

No conoceis al Redentor divino, vosotros los que no queréis persuadiros de que por él y para él se verificó la creación, y que él es y será dueño abso-